

Esas pequeñas cosas... Ginnette Barrantes Sáenz

La vida se le aplanaba. Poco a poco, su casa era una pantalla plana. Llamadas iban y venían. Los pocos lapsos de los que disponía se saturaban con ofertas para llenar aún más el tiempo. Ahí estaba ella, no había manera de llegar a casa porque, por miedo a un extraño contagio del que apenas tenía una imagen, nunca había salido.

Una mañana pensó en ese tiempo en que podía ver el sol y saber que se acostaría muy satisfecha de su ciclo, y que la noche entraría con la caricia de un sueño. De pronto, había que reinventar rutinas, marcar con rigor lo que era o no trabajo, porque todo había perdido el ritmo de eso que se llamaba lo cotidiano.

Las caras se multiplicaban en la pantalla, sonriendo como si eso fuera estar juntos. Todos habían descubierto que se necesitaban y que un día podrían no estar más. La muerte, siempre quieta y muda, de pronto se exponía cruelmente en vagones, en rostros irreconocibles, ante la duda de si morían o habían sido abandonados a causa del miedo a esa cercanía sustraída de repente por la pandemia.

De un momento a otro, se vio a sí misma buscando palabras en el cajón. Había olvidado las que sabía y las nuevas no aparecían. En cada gaveta hallaba un recuerdo, una foto, una pareja perdida, lo que ya no era presente pero aún no se había ido. Surgieron nuevos nombres: ¿estaba sola o se sentía sola? ¿Eran aquellas pequeñas cosas que habían retomado el tiempo del olvido para volver de nuevo donde quizá tendría la potencia de hacerlas revivir o desaparecer para siempre? ¿O sería más bien otra pequeña amnesia de esas que acostumbramos a nombrar como pasado?

¿Aquello era un confinamiento, una restricción, una privación o un aislamiento? O quizá... ¿un encierro? Miró día con día y aprendió cuándo era aislamiento. Esos mediodías de “¡Quédate en casa, no salgas!” Pero ¿a quién se le había ocurrido que todas las casas son seguras y que solo afuera está el peligro? No solo un virus andaba afuera, pues las fronteras porosas metían ese afuera adentro y alcanzaban su pequeño cuarto invadido por órdenes y su casa que ya casi no era más suya.

Observó a su alrededor y se dijo: “Reconocer el problema es la mitad de la solución”. “¿Quién dijo eso? No importa, ahora me pertenece. La haré mi nueva frase predilecta”, se respondió con calma.

Pero ¿esta vida es virtual o digital? ¿Cuál es la diferencia? Un nuevo diccionario parecía dirigir su vida. Es digital porque todos usamos más los iPhone, los Ipad, las tabletas, las computadoras, aparatos que hay que tener en casa, uno para cada quien, parece indicar la regla. “¿Y quién les financia tanta cosa?”, se preguntó con un gesto de incomodidad.

¿Acaso la vida ya no tiene virtualidades, los sueños, las ensoñaciones, esas películas fabulosas que nos inventamos para que la realidad no nos aplaste? No, ahora son otras virtualidades: recetas, milongas, clases de yoga, listas de supermercados, de pagos por transferencia, lo mismo que hacía siempre pero multiplicado por el miedo y la urgencia ante la otra peste peor, el hambre y la incertidumbre.

¡Demasiadas palabras nuevas! Pocas de consuelo y abrazos. Gestos de “no se acerque mucho que me contamina”. ¡Cómo extrañaba a Pedro Guerra! Cuando *contámame* era una canción romántica y compartir los virus era una promesa casi amorosa... Ahora lo virtual era un intruso conocido, demasiado cercano pero irreal.

Estaba dormitando. La despertó el sobresalto de la llamada programada. Era la más reciente de sus nuevas rutinas cambiadas por ese teletrabajo que invadía la vida. No estaba soñando. Del otro lado del teléfono alguien le decía: “Me urge una nueva normalidad; aunque antes tampoco fui normal”.

“Necesito una nueva distancia”, continuó, “no social sino íntima”. No se puede enfrentar una crisis y querer que todo siga igual sin haber perdido nada. Pero ¡cuán difícil es decir lo que hemos perdido! Mientras, sobre su rostro, arriba de la pantalla decía “Conexión débil”. “La conexión se está perdiendo”. No, no era cierto; esas cosas no hablan ni interpretan. Pero no tienen las tres dimensiones y ahora parecemos caras planas en la pantalla, y con subtítulos.

Antes de que su cara desapareciera en la penumbra de un internet de baja velocidad, le respondió: “Quizá usted no quiere una nueva normalidad y la que tenía antes ya no es”. En silencio pensó algo que le pasó por la cabeza (y sin subtítulos): “No deje que le roben sus palabras. Invente las suyas. *Esas pequeñas cosas* que tomaron ya el boleto de ida y vuelta... como en la canción de Serrat y en el poema de Miguel Hernández; no deje que le roben su sueño de libertad”.